

I. INOCULTABLES REALIDADES DEL DESEO
Amelio Robles, masculinidad (transgénero)
*en la Revolución mexicana*¹

GABRIELA CANO
Universidad Autónoma Metropolitana

CATRÍN DE PUEBLO

Podemos imaginarlo: una sonrisa de satisfacción se dibujó en el rostro de Amelio Robles al observar el retrato de estudio que lo mostraba posando cual todo un catrín: traje oscuro, camisa blanca, corbata, sombrero negro de ala ancha, zapatos de piel y asomo de pañuelo blanco en el bolsillo del saco. De pie y con un cigarro en una mano, la otra colocada sobre el revólver como para hacer resaltar el arma que llevaba enganchada a una carrillera de cintura. Los elementos formales de la fotografía —el encuadre, la iluminación uniforme, el entorno y, sobre todo, la pose contenida y serena del sujeto colocado al centro de la escenografía— se ajustan a las convenciones del retrato de estudio, en el que la persona fotografiada luce su mejor atuendo y posa con decoro. La fotografía fue captada hacia 1915, probablemente en el estudio de Armando Salmerón, de Chilapa, Guerrero, pequeño poblado enclavado en la Sierra Madre Occidental, uno de tantos gabinetes de fotografía que se multiplicaron en ciudades y pueblos del país en las primeras décadas del siglo, cuando la simplificación de la tecnología y el abarata-

¹ Utilizo el género gramatical masculino para referirme a la larga etapa en que Amelio Robles mantuvo su identidad masculina, mientras que empleo el género gramatical femenino al abordar su nacimiento, infancia y juventud.



Retrato de Amelio Robles, ca. 1915. (Cortesía del Instituto Nacional de Antropología e Historia, Archivo Casasola.)

miento de los costos permitieron satisfacer la creciente demanda de retratos fotográficos.²

Los retratos de estudio buscaban establecer la identidad social del individuo fotografiado de acuerdo con un código visual de elegancia. El posar con un cigarro encendido sugiere un dejo cosmopolita, mientras que la exhibición de la pistola, moderno sustituto del sable y el arma preferida en los duelos de principios de siglo, simboliza la virilidad del sujeto. La masculinidad de la pose, el gesto y el vestuario del joven son perfectamente creíbles. Nadie imaginaría que el catrín del retrato antes fue catrina.

² Monsiváis, 2002, pp. 178-221; y Jiménez y Villela, 1998, pp. 17-147.

La masculinización radical y permanente de una joven de origen rural ocurrió a partir de su incorporación a la Revolución mexicana. Por razones más vitales que ideológicas Amelio Robles, quien antes se llamó Amelia Robles, se unió a las fuerzas levantadas en el sur del país bajo la bandera agrarista de Emiliano Zapata y, en medio de las rudezas de la guerra, se forjó una identidad social y subjetiva masculina. Al término de la contienda armada, Amelio Robles continuó ostentándose como varón y sostuvo su identidad masculina a lo largo de su vida, en su actividad pública y en la esfera privada, durante la vejez y la enfermedad.

La pistola y el cigarrillo, símbolos de masculinidad, no son utilería del estudio fotográfico sino objetos de uso cotidiano pertenecientes a Amelio Robles, cuya imagen masculina constituye una identidad subjetiva, sexual y social que prevaleció en todos los aspectos de su vida. No es una pose momentánea ante la cámara como la que adopta, por ejemplo, Frida Kahlo al vestir traje masculino en los retratos de familia tomados por su padre en 1926.³ En el caso de Kahlo, se trata de un gesto juguetón, un tanto irreverente, quizás para seguir la moda francesa *à la garçon* (y a la vez cubrir el adelgazamiento de su pierna izquierda a causa de una poliomielitis infantil). En la pintora no hay el afán de hacerse pasar por hombre, efecto que Amelio Robles logra con gran efectividad.

La masculinización eficaz y permanente de Amelio Robles debe distinguirse del travestismo estratégico —la adopción de vestimenta masculina para hacerse pasar por hombre— al que algunas mujeres recurren en periodos de guerra ya sea para protegerse de la violencia sexual que suele agudizarse durante los conflictos armados, o bien para acceder a mandos militares o, sencillamente, para pelear como soldados y no como soldaderas, es decir, sin las restricciones sociales de género que usualmente pesan sobre las mujeres

³ Herrera, Taymor *et al.*, 2002, p. 33 y Stellweg, 1992, pp. 102-103.

en los ejércitos. En las guerras nacionalistas del siglo XIX y, más tarde, en la Revolución mexicana, las *soldaderas* se hicieron cargo del abasto de las tropas y de la atención a los enfermos; en ocasiones desempeñaban tareas de mensajería y contrabando de armas y víveres, pero sólo excepcionalmente empuñaban las armas.

Aunque no es posible, por ahora, precisar la frecuencia del travestismo en la Revolución mexicana, existen noticias de mujeres como María de la Luz Barrera, zapatista, o Ángel/Ángela Jiménez, maderista, quienes adoptaron una identidad masculina durante la guerra para más tarde volver a usar ropa de mujer y desempeñar papeles sociales femeninos, como madres y esposas, lo que nunca sucedió con Amelio Robles.⁴ En su caso, pudo haber consideraciones prácticas, sin embargo, su radical cambio de identidad de género y sexual no obedeció simplemente a un afán de disfrutar las ventajas sociales de los hombres, sino que fue fruto de un deseo vital profundo. Un deseo, felizmente realizado, de negar su anatomía sexual de nacimiento y masculinizarse de manera radical, en todos los aspectos de su vida.

Amelio Robles transitó de una identidad femenina impuesta a una masculinidad deseada: se sentía y se comportaba como hombre y su aspecto era varonil. Sabemos poco de su sexualidad, pero hay noticias de sus relaciones románticas con mujeres y sabemos que en una época cortejó a una compañera de escuela a quien prodigaba atenciones; dichas relaciones eróticas se inscribían en una lógica heterosexual en la que Robles desempeñaba el papel masculino.⁵ Algunas personas considerarían a Amelio Robles como una lesbiana hombruna, machorra o *butch* pero, de acuerdo con la terminología actual, es más preciso clasificar a Robles como una

⁴ Salas, 1994.

⁵ Miguel Gil, "Amelia Robles, una mujer del estado de Guerrero que puso su libertad y su vida al servicio de la Revolución en el sur", *El Universal*, 14 de abril de 1927.

persona transgénero, una forma de identificación subjetiva que implica la adopción de la apariencia corporal y el papel social de género asignado al sexo opuesto. La identidad sexual lesbiana se define como una inclinación erótica hacia personas del mismo sexo, lo que no implica necesariamente un deseo de transgenerizarse, es decir, cambiar de identidad de género, de aspecto físico o de anatomía sexual. El término lesbianismo, desde luego, no es sinónimo de masculinización pero tampoco excluye la posibilidad de adoptar una identificación masculina. Sin embargo, las categorías de identidad son flexibles; no son espacios herméticamente sellados. Durante su transición, Amelia Robles podría caracterizarse como una lesbiana hombruna y luego se transformó en una persona transgénero con una identidad masculina.

Las identidades transgénero varían en grado y perdurabilidad y Amelio Robles se ubicaba en un extremo del espectro: sentía una insatisfacción profunda con su género y anatomía sexual y deseaba cambiar su aspecto. Hoy en día algunas características sexuales pueden modificarse a través de procedimientos quirúrgicos y terapias hormonales; la tecnología médica para cambiar de sexo estuvo disponible en algunas instituciones de los Estados Unidos y Europa desde mediados del siglo xx, cuando el término *transexual* se acuñó para referirse a las personas que reciben terapias médicas que transforman su anatomía sexual. Sin embargo, el término *transexual* es inadecuado para describir a Robles ya que su cambio de identidad no requirió de cirugía ni de hormonas. Sin embargo, su insatisfacción con su identidad, aspecto físico y anatomía femenina quizás fue tan intensa como la de aquellas personas que se someten a tratamientos médicos para lograr que su cuerpo se asemeje en alguna medida a su configuración subjetiva.⁶

⁶ Meyerowitz, 2002, pp. 5 y 9-10.

A principios del siglo xx, sin hormonas ni cirugía, Amelio Robles se construyó una imagen corporal y una identidad social masculina con los recursos culturales a su alcance en un aislado poblado rural mexicano. Con gran habilidad, Robles manipuló a su favor dichos medios culturales: la pose o *performance* de género, una cultura visual del cuerpo inaugurada por la proliferación de retratos de estudio, y una prensa industrial ávida de noticias sensacionalistas que se interesó y dio legitimidad a la historia del revolucionario zapatista. Amelio Robles estableció su masculinidad a través de un *performance* de género.⁷ Las poses, gestos faciales y actitudes de su *performance* cotidiano se completaban con un atuendo cuidadosamente seleccionado: incluía pantalones, camisas, chamarras y sombreros del estilo común en su entorno rural. Tuvo la precaución de seleccionar camisas con bolsillos que ayudaban a disimular los senos. La fotografía de estudio fue decisiva para establecer la masculinidad de Robles y para lograr que fuera aceptada. El retrato de estudio posibilitó que las personas comunes fijaran su imagen deseada en una fotografía, algo que hasta entonces sólo se hacía en los retratos académicos, al alcance de sólo unos cuantos. Fabricada con intermediación de la cámara, el cuerpo y la identidad social deseadas ahora podían conservarse para siempre en un retrato fotográfico. Así, cada vez que uno mismo o alguien más miraba el retrato la identidad plasmada en la fotografía se confirmaba.⁸

El efecto legitimador se potenciaba en el improbable caso de que un retrato de estudio se llegara a reproducir en la prensa como sucedió con la fotografía que apareció como ilustración de una noticia sobre Robles publicada en *El Universal*, el diario de la Ciudad de México con mayor circulación.⁹ Aunque revelara el secreto de su identidad sexual —un

⁷ Butler, 2001, pp. 9-25.

⁸ Lalvani, 1996, pp. 68-69.

⁹ Gil, "Amelia Robles", *op. cit.*, y Lepidus, 1928, p. 77.



*Amelio Robles, con Guadalupe Barrón en Iguala, Guerrero, 1976.
(Foto de Marcelo González Bustos.)*

secreto a voces, conocido ampliamente en su comunidad— el periódico multiplicaba en miles la acreditación visual de su imagen corporal como un hombre elegante que, sin ser particularmente distinguido, mostraba un porte desenfadado y lleno de seguridad personal. Equivalía a proclamar en la plaza pública la virilidad exhibida en el rostro, la pose y el atuendo, y que era resaltada por la exhibición del arma de fuego.

La pose y el gesto masculinos de Robles se pueden considerar como “una declaración cultural del cuerpo y un acto político” que pone en tela de juicio las asignaciones sociales de género y la normatividad heterosexual.¹⁰ Su eficaz masculinización subvierte también la muy arraigada noción de

¹⁰ Molloy, 1998, pp. 141-160.

que la identidad de género es una consecuencia inmediata e ineludible de la anatomía de las personas y que hombres y mujeres son grupos sociales nítidamente definidos y con cualidades inmutables. Los procesos de transgeneración problematizan (y a veces reifican) las categorías de hombre y mujer. Dichas categorías suelen considerarse realidades preestablecidas e inmutables; se pasa por alto su plasticidad, cualidad identitaria que se hace evidente a la luz de la radical masculinización de Amelio Robles, uno de los pocos procesos de su tipo que se ha documentado hasta ahora en la historia de América Latina.¹¹

La historiografía de la etapa armada de Revolución mexicana se ha interesado principalmente por aspectos ideológicos, políticos y militares de la lucha, pero la cotidianidad en las trincheras, el día a día de los ejércitos, ha sido escasamente estudiada. La masculinización de Amelio Robles comenzó en medio de los desplazamientos forzados y el desorden social de la guerra. En el combate se abandonaron pudores y reservas ancestrales y surgieron algunos espacios de tolerancia como el que permitió a Robles empezar a construirse como un hombre, y gozar de una relativa aceptación de sus compañeros de armas, que admiraban su valentía y sus capacidades como guerrillero. En los campos de batalla, ante la presencia constante de la muerte, y en medio del impulso destructor de la guerra, también se fortaleció una ideología de género, con raíces en la narrativa nacionalista decimonónica, que identifica a la masculinidad con cualidades de valentía y arrojo personal, así como con actitudes patrióticas e ideologías revolucionarias y naciona-

¹¹ Catalina de Erauso, o “la Monja Alférez” es una figura muy conocida de la historia colonial de América Latina. Erauso adoptó una identidad masculina al unirse al ejército del Imperio español en el siglo XVIII. Hacia el final de su vida Erauso escribió sus memorias y lo hizo con una voz narrativa femenina, es decir, recuperó su identidad femenina; algo que no ocurrió en el caso de Robles, quien murió sin renunciar a su masculinidad (Erauso, 1996).

listas. Al paso del tiempo, el estereotipo del revolucionario valiente se convertía en una imagen icónica en la cultura popular y en el discurso nacionalista del Estado posrevolucionario.¹²

El coronel Robles encarna el ideal del soldado revolucionario macho: es valiente y arrojado; tiene capacidad de responder de manera inmediata y violenta a las agresiones; maneja las armas y los caballos con maestría. Sus relaciones de pareja con mujeres se ajustan a modelos convencionales y reproducen la polaridad de género de los roles femenino y masculino. En una instantánea *polaroid* de 1976 Amelio Robles, ataviado con un gastado atuendo y con un paliacate rojo al cuello, aparece al lado de Guadalupe Barrón, una de las mujeres con quienes Amelio sostuvo relaciones de pareja y cuya presencia femenina acentúa por contraste la virilidad del antiguo revolucionario; su porte es tan viril y desenfadado como el de los retratos de su juventud. Tanto Amelio como Guadalupe posan con rigidez, haciendo gala de un lenguaje corporal típico de la fotografía de estudio, muy diferente de los gestos espontáneos que las cámaras portátiles aspiraban a registrar en la segunda parte del siglo xx.

El interés en la historia va más allá del caso particular: su figura puede verse como un sitio de debate cultural en torno a la definición y el significado del género, de la masculinidad y la feminidad, en el marco del discurso nacionalista del México posrevolucionario. Hubo tres percepciones distintas sobre Amelio Robles que por momentos se contraponían: 1) la de sus compañeros en el ejército, que admiraban la cabal emulación que Amelio Robles hacía de una masculinidad entendida como alarde de fuerza y respuesta inmediata y violenta a cualquier agresión real o imaginaria; 2) la mirada sensacionalista que, al solazarse en la exhibi-

¹² O'Malley, 1986, pp. 136-137.

ción de la excentricidad de Robles, también legitima su transgresión; y 3) la perspectiva normalizadora y homófoba, que niega tajantemente la transgeneración desde categorías de género esencialistas. Para comprender las percepciones sobre Amelio Robles, es necesario partir de la identidad social y la imagen corporal masculina que Amelio Robles se dio a sí mismo mediante la pose, el gesto y el vestuario, así como su eficaz manejo de la fotografía y de la atención de la prensa.

La imagen corporal masculina de Amelio Robles estaba plenamente respaldada por los documentos de identidad que acreditan su pertenencia a diversas agrupaciones sociales y políticas, incluidas las credenciales que lo reconocen como afiliado al Partido Socialista de Guerrero (1934), delegado en Xochipala, Guerrero, de la Liga Central de Comunidades Agrarias (1945), afiliado a la Confederación Nacional de Veteranos de la Revolución (1948) y como socio de la Asociación Ganadera de Zumpango del Río (1956 y 1958). Las fotografías de identificación de las credenciales confirman la masculinidad del interesado cuyo nombre y rúbrica aparecen siempre en masculino.¹³

Quizás la mayor prueba de la eficacia de la masculinidad de su aspecto sea el certificado médico, requerido para el ingreso a la Confederación de Veteranos de la Revolución, expedido por el doctor Pedro González Peña en su consultorio de la Ciudad de México en el año de 1948. El médico constató la buena salud, la edad declarada, y las cicatrices de seis heridas de bala en distintas partes del cuerpo, incluida una en el muslo y otra en la axila, sin aludir a la anatomía sexual del interesado.¹⁴ La inspección médica exigida por la Confederación de Veteranos de la Revolución seguramente no era una revisión clínica profunda sino un trámite apresurado, cuyo propósito era certificar las cicatrices de guerra, consideradas una prueba irrefutable de la valentía

¹³ AHTF, exp. Gro-06.

¹⁴ AHTF, exp. Gro-06, certificado médico, 4 de marzo de 1948.

mostrada en los campos de batalla. No había motivos para que el médico dudara de la masculinidad de Robles: su actitud reservada, gesto, atuendo y movimientos corporales —“un andar de soldado viejo”— eran los de un hombre de campo de casi 60 años de edad, quien pudorosamente debió descubrirse algunas partes del cuerpo para mostrar al médico las marcas de bala que estaba orgulloso de poseer. En otras ocasiones, Robles no tuvo empacho en mostrar la cicatriz en una pierna, que daba realismo a la narración de sus hazañas guerreras.¹⁵

La Secretaría de la Defensa Nacional (Sedena) legitimó la identidad masculina de Amelio Robles al condecorarlo en 1974 como Veterano de la Revolución, y no como *veterana*, distinción concedida a más de tres centenas de mujeres por sus servicios a la causa revolucionaria.¹⁶ El reconocimiento de las máximas autoridades militares del país debió dar una enorme satisfacción a Amelio Robles, aun cuando la Sedena no avaló el grado de coronel que ostentaba en el ejército zapatista que, como es sabido, no era un cuerpo militar de carácter profesional sino “un pueblo en armas”, una fuerza compuesta por grupos rebeldes de hombres reunidos en torno a sus jefes en donde no existen procedimientos de ascenso sistemáticos. Tampoco le fue concedida una pensión militar; lo único que el guerrerense consiguió fue un pago para solventar los gastos de una enfermedad.¹⁷

Amelio Robles exigía ser reconocido como hombre, tanto en público como en privado. Un vecino subraya: “yo nunca le dije señora, siempre le dije señor Robles, porque sacaba su pistola a quien le decía mujer o doña”.¹⁸ Aunque exagera-

¹⁵ AHTF, exp. Gro-06, Gil, 1927.

¹⁶ Archivo Histórico de la Secretaría de la Defensa Nacional (AHSNDN), Cancelados, exp. Amelio Robles y Mendieta Alatorre, 1961, pp. 112-122.

¹⁷ AHTF, exp. Gro-06.

¹⁸ Eduardo Albarrán Orozco, “Nadie podía decirle mujer al Güero Robles porque sacaba su pistola”, *La Jornada del Sur*, Acapulco, Guerrero, 21 de junio de 1999.

da, la afirmación es ilustrativa de las maneras en que Robles imponía el reconocimiento a su identidad social como hombre. En su familia, la masculinidad de Amelio se aceptaba como un hecho dado; sus sobrinas nietas se dirigieron a él como *tío* o *abuelo* y tuvieron noticia de su particular identidad sexual sólo hasta que fueron adultas ya que el tema no se trataba en casa. Sólo en ocasiones excepcionales, cuando los lazos de la confianza homosocial entre amigos se reforzaban al compartir bebidas alcohólicas, el viejo Robles llegaba a aceptar que alguno de sus allegados se dirigiera a él como “mi coronela”.¹⁹

Amelio Robles adoptó las formas de masculinidad prevalecientes en su entorno rural, un código cultural que incluía la capacidad de respuesta inmediata y violenta a cualquier agresión, una valentía retadora y constantes alardes de fuerza. Estas características, en años posteriores, lo llevaron a protagonizar violentas riñas personales que acabaron con la vida de más de una persona. Como muchos hombres Amelio con frecuencia caía en excesos alcohólicos, era mujeriego, malhablado, autoritario y casi nunca estaba dispuesto a dar cuentas de sus actos a sus familiares, ni siquiera en los periodos de enfermedad que marcaron su larga vejez. Amelio Robles, el más macho entre los machos, llevó al extremo el estereotipo de masculinidad prevaleciente en su entorno rural. Paradójicamente, su peculiar transición de género a un mismo tiempo subvierte y refuerza la heterosexualidad normativa y la masculinidad estereotípica que recrea.

LA NIÑA AMELIA

Amelia Robles era originaria de Xochipala, pueblo del estado de Guerrero, donde nació en 1889, según se asienta en el

¹⁹ Entrevistas de la autora con Guadalupe Robles, 18 de enero de 1999, y Gabriel Heredia, 18 de septiembre de 2002, en Xochipala, Guerrero.

libro del Registro Civil correspondiente. La caligrafía del acta de nacimiento no deja dudas: el bebé presentado por su padre y su madre ante el comisario de Xochipala era una niña. De acuerdo con el santoral católico recibió el nombre de Malaquías, aunque en casa la llamaban Amelia, su primer nombre de pila.²⁰ Los Robles eran una familia de rancheros, el sector social de propietarios medios que fueron protagonistas centrales de la Revolución mexicana en Guerrero.²¹ La infancia de Amelia transcurrió entre la casa de Xochipala y el rancho, que estaba en las afueras del poblado. Ahí Amelia aprendió el manejo de las armas y los caballos, lo que no impidió que también estuviera vinculada a las Hijas de María, congregación católica dedicada a profundizar la formación espiritual de las jovencitas. Siendo hija de familia dedicada a las labores domésticas (un vecino la recuerda trabajando en una fonda que ofrecía alimentos a los revolucionarios que pasaban por la zona), y de no haberse unido a la guerrilla, a Amelia le hubiera gustado estudiar medicina, aspiración profesional masculina que también tuvo su paisano Juan Andreu Almazán, a quien Robles le profesaba gran admiración desde que lo trató en tiempos del zapatismo.²²

En la guerrilla Amelia descubrió “la sensación de ser completamente libre”—palabras suyas— algo que no conoció mientras vivía como mujer en un poblado del que generalmente sólo se salía a pie. En el pueblo, las habilidades con las armas y los caballos de la joven Amelia provocaban la admiración ante un buen espectáculo, pero en la tropa esas mismas capacidades del guerrillero Robles eran esenciales y altamente valoradas²³

²⁰ Registro Civil de Zumpango del Río, Guerrero, libro de actas de nacimiento, adopción, reconocimiento y arrogación año 1890, acta 160, fojas 59 y 60, 4 de noviembre de 1889. El día 3 de noviembre se conmemora al mártir Malaquías, según el *Calendario más antiguo de Galván* (2002), p. 141.

²¹ Jacobs, 1982.

²² AHTF, exp. Gro-06, Gil, 1927.

²³ *Id.*

La etapa zapatista de Robles se extendió durante cinco o seis años, desde 1912 o 1913 hasta 1918, aproximadamente, en los que participó en numerosos hechos de armas, incluida la cruenta y decisiva batalla de Chilpancingo de 1914, que significó la derrota del huertismo en Guerrero y el avance militar y político del zapatismo en la zona. El vínculo de Amelio Robles con el zapatismo fue menos ideológico que vital, surgido del gusto por la vida guerrillera, más libre que la del pueblo y con la intensidad del peligro constante. Al recordar los tiempos de la Revolución, Robles pocas veces se refería al agrarismo y al radicalismo social y, en cambio, se regodeaba en anécdotas sobre la vida cotidiana en los campos de batalla, en donde la lealtad a los jefes, los logros y las rivalidades personales eran el pan de cada día.

Al igual que muchos otros combatientes de la región, Robles reconoció el gobierno de Venustiano Carranza hacia 1918 y a la larga se convirtió en soldado del Ejército Mexicano. Robles dio su apoyo a la rebelión de Aguaprieta que dio la victoria militar de la Revolución a Álvaro Obregón.²⁴ Ya como miembro del Ejército Mexicano, Amelio Robles participó en el combate a los rebeldes delahuertistas, bajo las órdenes del ex zapatista Adrián Castrejón, que se convertiría en gobernador del estado de Guerrero en 1928. Los triunfos militares de Castrejón consolidaron los lazos de amistad y compadrazgo homosocial de Robles con su jefe y compañeros de armas. Esos vínculos fraguados en combate contribuyeron de manera importante al reconocimiento oficial a la identidad masculina de Robles. Al tanto de la peculiar identidad de Robles, Castrejón fue artífice de la entrevista con Miguel Gil de *El Universal* y, posteriormente, su influencia como gobernador favoreció la incorporación de Robles a las organizaciones castrejonistas como el Partido Socialista de Guerrero y la Liga de Comunidades Agrarias,

²⁴ APGD, Museo Na Bolom, M/1987, 1945.

que le dieron influencia política en su pueblo. Amelio Robles también se benefició de la influencia política de otro compañero de los días de la lucha contra el delahuertismo, Rodolfo López de Nava Baltierra, quien siendo gobernador de Morelos estuvo dispuesto a extenderle un certificado de méritos revolucionarios y recomendar su ingreso a la Legión de Honor Mexicana de la Secretaría de la Defensa Nacional, como también lo hicieron otros de sus correligionarios.²⁵

Para ser reconocido como Veterano de la Revolución era requisito presentar a la Sedena cartas de recomendación y constancias de méritos; tales constancias intentaban ajustarse a los requisitos establecidos por la Legión de Honor Mexicana, sin necesariamente establecer de manera fidedigna hechos ocurridos décadas atrás cuyos detalles probablemente habían sido olvidados.²⁶ Si era usual ajustar los informes de méritos y servicios a las relaciones militares de sus superiores, a Robles debió parecerle igualmente razonable cambiar el sexo registrado en su acta de nacimiento para que, de este modo, su principal documento de identidad cuadrara con su aspecto y su sensación interna de ser hombre. Su expediente personal en los archivos militares incluye un acta del Registro Civil apócrifa que da fe del nacimiento del niño Amelio Malaquías Robles Ávila. Salvo el sexo y el nombre del bebé, todos los demás datos coinciden con el acta de nacimiento original del libro del registro civil de Zumpango del Río.²⁷ Convencido de su masculinidad y gozando de la protección política de una red de relaciones sociales en la región, Amelio Robles no debió dudar de la conveniencia de presentar un documento apócrifo y tener el

²⁵ AHTF, Gro-06, Rodolfo López Nava de Baltierra, Francisco Mendoza Palma, Esteban Estrada e Ignacio Nava de Catalán emitieron constancias de méritos a favor de Amelio Robles entre 1956 y 1958.

²⁶ Decreto que crea la Legión de Honor Mexicana, *Diario Oficial*, 8 de febrero de 1949.

²⁷ AHSDN, Cancelados, exp. Amelio Robles Ávila, acta de nacimiento, 8 de abril de 1957.

gusto de ser declarado Veterano —y no *veterana*— de la Revolución.

INOCULTABLES REALIDADES

Durante el movimiento armado la violencia sexual que afectaba especialmente a la población femenina se incrementó de manera directamente proporcional a la violencia revolucionaria. Pero al mismo tiempo, para algunas personas, la Revolución también abrió posibilidades de autodeterminación que hasta entonces estaban fuera de su alcance. La guerra provocó desplazamientos geográficos y “trastocó el subsuelo de la respetabilidad y las buenas costumbres”.²⁸ Sobrevino lo que Carlos Monsiváis llama una “demolición temporal del pudor” que hizo “inocultables las realidades del deseo”, al menos en los excepcionales espacios de tolerancia como el que permitió a Amelio Robles gozar de una relativa aceptación; espacios que no tenían equivalente urbano ni pueblerino que se conozca. Sabemos tan sólo de la visibilidad alcanzada por algunos homosexuales conspicuos en la Ciudad de México de los años veinte: artistas e intelectuales como Salvador Novo o Roberto Montenegro, por mencionar sólo a dos de los caricaturizados por el pintor Antonio Ruiz, *el Corzo*.²⁹

La tolerancia a las sexualidades marginales no fue norma en el movimiento zapatista. El poblano Manuel Palafox, uno de los principales intelectuales del zapatismo, fue objeto de reiteradas descalificaciones por su inclinación homosexual. Maurilio Mejía, jefe guerrillero y sobrino de los hermanos Emiliano y Eufemio Zapata descalificó tajantemente a Palafox: “un pobre diablo de sexo equivocado como lo es usted no puede llamarse amigo de los hombres que lo somos de verdad”. La homosexualidad de Palafox, se añadió a

²⁸ Monsiváis, 1984, pp. 159-177.

²⁹ *Id.*, y Monsiváis, 1998, p. 23.

las múltiples tensiones políticas que acabaron por distanciarlo de Zapata, quien en más de una ocasión estuvo a punto de ordenar su fusilamiento.³⁰ La homosexualidad masculina atrae la condena extrema porque es percibida como afeminamiento y rechazo de la masculinidad (aunque no siempre lo es). Y como la masculinidad se identifica con convicción revolucionaria y muestra de patriotismo, su rechazo se califica de traición a valores fundamentales. La transgeneración de Robles, en cambio, goza de una relativa tolerancia por la razón contraria ya que exagera los valores de la masculinidad que la guerra civil exalta.

No se piense, sin embargo, que la tolerancia hacia Amelio Robles fue fácil o generalizada. Al término del movimiento revolucionario, Amelio optó por instalarse en Iguala para evitar la hostilidad proveniente de su natal Xochipala, donde conservó la propiedad familiar a la que volvió años más tarde. Según algunos testimonios, Amelio Robles fue asaltado por unos hombres que querían descubrir su secreto corporal y, al defenderse, causó la muerte de dos de sus agresores, lo que le costó purgar una condena en la cárcel de Chilpancingo. El encarcelamiento debió acarrearle la humillación adicional de estar recluso en el departamento de mujeres.³¹ Sea cierta o no, la anécdota expresa la ansiedad, muchas veces traducida en agresión abierta o soterrada, que provocaba Amelio al poner en entredicho las clasificaciones culturales de género. Su identidad era motivo de bromas, más o menos pesadas, aun por quienes le ofrecieron protección como Castrejón o López de Nava. Ambos militares manifestaron ambigüedad hacia Amelio ya que oficialmente avalaban su masculinidad pero, en privado se referían a *la coronela Amelía Robles*.³²

³⁰ Womack, 1968, pp. 306 y 314 y Brunk, 1995, p. 328.

³¹ Fernando Gaitán, "La mujer coronel cuenta su vida", *Alerta*, 25 de febrero de 1978.

³² AHTF, Gil, 1927 y López de Nava Camarena, 1995, pp. 101-122.

La transgeneración de Amelio Robles no se restringió a sus actividades militares y políticas. También en la esfera personal Robles se condujo como varón y emuló los comportamientos masculinos vigentes en la sociedad rural del siglo xx. Tuvo relaciones de pareja con varias mujeres y con Ángela Torres llegó a adoptar una hija, que de adulta prefirió distanciarse de su padre, Amelio. La señora Torres provenía de una familia acomodada de Apipilco, poblado próximo a Iguala donde Robles residía en 1934, y tal vez sea “la compañera de escuela” a quien le prodigaba atenciones.³³ El aspecto masculino de Amelio Robles es parte de una oposición polar de los atributos corporales masculinos y lo femenino, según lo sugiere la fotografía en que Amelio posa al lado de Lupita Barrón, con quien también tuvo un vínculo sentimental.

Al mismo tiempo, la masculinidad de Robles implicaba una tajante división de funciones socialmente asignadas a hombres y mujeres en un mundo rural. Como típico hombre de campo, Amelio jamás se ocupaba de las tareas domésticas que debió aprender en su juventud, cuando recibió la educación de una señorita católica pueblerina al tiempo que se convertía en tirador experto, jinete y domador de caballos. En la vejez, cuando la enfermedad limitaba sus posibilidades de movilidad, Amelio solía recibir visitas de Angelita Torres. La señora Torres acostumbraba trasladarse desde Apipilco, poblado cercano a Iguala, llevando consigo un anafre y los utensilios necesarios para cocinarle a Amelio mientras lo visitaba en Xochipala. La anécdota está cargada de resonancias de la imagen popular de “la Adelita”, soldadera que con hijos y enseres domésticos a cuestas seguía a su Juan y recreaba una rústica estructura hogareña en medio de la adversidad de un campo de batalla.

³³ AHTF, Gil, 1927.

EL GÉNERO EN DISPUTA

La prensa hizo de Robles una celebridad local y ello contribuyó a legitimar su transgeneración. Amelio Robles interesó a Miguel Gil, reportero de *El Universal* y atrajo a Gertrude DUBY, periodista de origen suizo exiliada en México y militante de la oposición europea al fascismo. Ya desde tiempos de la Revolución, un fotógrafo anónimo había retratado a Robles, y su imagen se incluyó en la *Historia gráfica de la Revolución mexicana* editada por Casasola.³⁴

En los años veinte la primera plana de *El Universal* estaba dedicada, principalmente, a la información política, pero con frecuencia también incluía noticias sensacionalistas, esos relatos de crímenes, tragedias o hechos extraordinarios redactados con un estilo coloquial que buscaban provocar reacciones viscerales de horror o conmiseración extrema entre los lectores potenciales y que es una estrategia comercial de la prensa moderna. En abril se incluyeron otras notas con titulares llamativos: “Gertrude Earle, la pequeña mujercita rana que cruzó a nado el Canal de la Mancha” o “El secreto de una anciana que tiene ciento cuarenta y tres años de edad”.³⁵

Pero la prominente publicación de la noticia sobre Amelio Robles se debe no sólo a elementos sensacionalistas de la noticia sino a los antecedentes de Robles en la Revolución mexicana. A una década de la promulgación de la Constitución de 1917, los recuerdos sobre el proceso revolucionario estaban todavía frescos, y el público se interesaba por los testimonios de participantes y observadores. En los meses

³⁴ Casasola, s. f., p. 759.

³⁵ “Gertrude Earle, la pequeña mujercita rana que cruzó a nado el Canal de la Mancha”, *El Universal*, 3 de abril de 1927, I, p. 8; “El secreto de una anciana que tiene ciento cuarenta y tres años de edad”, *El Universal*, 27 de abril de 1927, I, p. 3.

de abril y mayo, por ejemplo, *El Universal* incluyó dos estampas del escritor Martín Luis Guzmán, que pasarían a formar parte de *El águila y la serpiente*, novela canónica de la Revolución mexicana que es también como un gran reportaje de la guerra. El periódico también publicó una entrevista de Miguel Gil con la poblana Carmen Serdán, figura emblemática de la Revolución iniciada por Francisco I. Madero.

Es probable que Miguel Gil preparara la noticia sobre Amelia Robles para publicarla a propósito del 10 de abril, aniversario de la muerte de Emiliano Zapata. Desde comienzos del gobierno de Álvaro Obregón, que impulsó el reparto agrario y nombró a varios zapatistas como miembros de su gabinete, la efeméride fue ocasión para que las organizaciones locales y el gobierno promovieran la imagen del líder morelense como símbolo de los campesinos desposeídos. Siendo candidato a la presidencia de la República, Plutarco Elías Calles eligió precisamente el 10 de abril de 1924 para manifestar una posición agrarista que alcanzó los titulares de los principales diarios; sin embargo, la efeméride fue perdiendo importancia en los años siguientes al tiempo que el gobierno frenaba el reparto agrario. A tono con la postura callista, en 1927, *El Universal* eludió toda mención de la efeméride, mientras que *Excelsior* tan sólo informó brevemente sobre las deslucidas ceremonias locales efectuadas en Cuautla.³⁶

La nota de Miguel Gil ofrece una descripción visual de Amelio Robles que subraya detalles significativos, de acuerdo con las recomendaciones para una redacción efectiva del globalmente influyente Joseph Pulitzer.³⁷ Así, el breve diálogo entre el reportero y el entrevistado sobre las andanzas revolucionarias de Amelio Robles elude un abordaje conceptual sobre el tema de la transgeneración pero deja una impresión perdurable a través del siguiente apunte: “al arre-

³⁶ O'Malley, 1982, pp. 49-54.

³⁷ Silvestre, 1997, p. 34.

mangarse el pantalón para mostrar la cicatriz que una bala le dejó en la pierna veo que usa calcetines y ligas de hombre. ¡Pequeño detalle, pero detalle al fin!” La semblanza visual quiere probar que Amelio Robles “no tiene un pedacito femenino”. Nada sugiere feminidad “en el aire de su risa y ni en la mirada de sus ojos; ni en el modo de ponerse de pie, ni en la forma de expresarse, ni en el timbre de su voz”. Su imagen corporal, rostro, ademanes, tono de voz y rasgos de personalidad eran de hombre. El carácter viril del movimiento corporal y los gestos se manifestaban también en el estilo de vestir: “la forma de usar el saco, los pantalones y el sombrero ladeado un poco a la izquierda y puesto con garbo no eran sino indicio de masculinidad”.³⁸

Aunque Miguel Gil no emplea el término de *inversión sexual*, su visión de Amelio Robles está moldeada por este concepto amplio con el que la sexología decimonónica nombró a diversas identidades homo y transexuales y que se popularizó en los medios de comunicación de Gran Bretaña y los Estados Unidos, que en los años veinte tuvo alguna resonancia en México. A tono con el discurso sexológico, Gil ve a Robles como un espíritu masculino atrapado en una “envoltura corporal” femenina: “La Coronela es un hombre, y sin embargo, nació mujer”.³⁹

Es innegable la curiosidad voyeurista de Gil ante la excentricidad de Amelio pero el periodista no ve a Robles como un espécimen del museo de los horrores, sino como un “tipo soberbio para una novela”.⁴⁰ Tampoco hay sorna, condena moral, o conmiseración, actitudes que están presentes en una noticia sobre Robles publicada décadas más tarde en el periódico sensacionalista *¡Alerta!*⁴¹ Seguramente, Amelio Robles hubiera preferido que *El Universal* lo presentara simple y

³⁸ Miguel Gil, 1927.

³⁹ Prosser, 1998, pp. 116-151; Gil, “Amelia Robles”, *op. cit.*, p. 8.

⁴⁰ Gil, “Amelia Robles”, *op. cit.*, p. 8.

⁴¹ Gaitán, “La mujer coronela”, *¡Alerta!*, México, febrero de 1978.

llanamente como un revolucionario valiente, sin referirse a él como mujer. No obstante, también debió sentirse muy halagado al ver su fotografía desplegada en la primera plana del diario capitalino, por eso guardó el recorte de *El Universal* a lo largo de su vida, junto con otras fotografías y recuerdos personales. Aunque *El Universal* lo revela como una persona excéntrica, Amelio Robles aprovecha la celebridad que el periódico le ofrece, pero no hace suya una posición de marginalidad social sino que, por el contrario, logra llevar una vida bien integrada a su entorno social y familiar.

Gil toleraba la masculinización de Robles, pero no mostraba simpatía alguna frente a los homosexuales. El reportero hace evidente su condena y sorna en una nota sobre los homosexuales afeminados reclusos en la Penitenciaría del Distrito Federal, que lucen llamativamente maquillados y travestidos.⁴² El periodista sigue las pautas comunes en el tratamiento sensacionalista a identidades de género transgresoras que la prensa de a centavo dio a la emblemática redada a los 41 homosexuales de 1901 y se refiere a “los neutros” como “unos seres incongruentes, incomprensibles [...] que no son mujeres ni hombres”.⁴³ Con sus poses y gestos, los presos parodian la feminidad a ultranza, como también lo hacen mediante sus apodos que emulan a estrellas del espectáculo: Toña la Negra, Varita de Nardo, Bárbara La Mar, Eva Beltri o Delia Magaña. La burla se dirige al afeminamiento al que se ve como una pose artificiosa y una amenaza a las normas de género. En otra ocasión, al escribir sobre las Islas Marías, Gil se refiere a los homosexuales como “hombres a medias” pero matiza el tono condenatorio al llamar a reflexionar “sobre las grandes injusticias de la Naturaleza”.⁴⁴ Las opiniones de Gil sobre los presos ho-

⁴² Gil, 1993, pp. 8, 9 y 15; *Detectives. El mejor semanario de México*, 24 de abril de 1933.

⁴³ Irwin, McCaughan y Nasser, 2003.

⁴⁴ Gil, 1927, p. 187.

mosexuales matizan los alcances de su tolerancia ante Robles, cuya masculinidad le parece aceptable por tratarse de un caso de excepción, que no tiene seguidores y que, además, exalta los valores del machismo. En cambio “los neutros” de la cárcel y sus semejantes que circulan por las calles de la ciudad ostentan un afeminamiento que no es tan excepcional y atrae la máxima condena de una sociedad donde prevalecen los valores de una masculinidad supuestamente inquebrantable.

EL GIRO ESENCIALISTA

Con el tiempo, el reconocimiento de la condición transténero de Amelio Robles se fue diluyendo, y quien en vida logró ser aceptado como hombre en su entorno social y familiar, aun por las más altas autoridades militares del país acabó por ser un símbolo de esa abstracción que es “la mujer revolucionaria”. Se impuso una concepción que, en su comprensible afán de dar una necesaria valoración a los logros y derechos de las mujeres, pasó por alto la eficaz masculinización, así como el hecho de haber sido distinguido por la Secretaría de la Defensa Nacional como Veterano de la Revolución y de que todo el mundo se dirigiera a él en masculino. El catrín de pueblo que portó orgulloso un arma de fuego, lució un cuerpo viril con desparpajo e hizo alarde de machismo y valentía en la guerra zapatista y como soldado al servicio del Ejército Mexicano, terminó dando el nombre de “Coronela Amelia Robles” a la escuela primaria de su pueblo natal.

La censura de la masculinidad de Amelio Robles en la memoria social del discurso reivindicativo de “la mujer” en la Revolución mexicana se hizo evidente en la Casa-Museo Amelia Robles, que abrió sus puertas en Xochipala en 1989, a cinco años de su fallecimiento, bajo el impulso de la Secretaría de la Mujer del Estado de Guerrero, establecida el

año anterior; la Dirección de Culturas Populares, el Instituto Nacional de Antropología e Historia y con la colaboración de la familia Robles.⁴⁵ Convergen en el museo dos propósitos conmemorativos: por un lado, el relativo a las contribuciones históricas de las mujeres cuyas acciones ocupan siempre un papel secundario en una historia de bronce, protagonizada generalmente por los héroes militares y, por el otro, el concerniente a la historia local, casi siempre subordinada a una óptica centralista que valora la significación de los procesos históricos regionales, desde la lógica de la formación del Estado nacional.

La invisibilización de la identidad transgénero de Amelio Robles es consecuencia de un comprensible y necesario afán de reconocer lo que debería ser obvio: que las mujeres son sujetos históricos, capaces de hacer contribuciones significativas a la vida cívica y a todos los aspectos de la historia.⁴⁶ Sin embargo, dicho afán reivindicativo atribuye cualidades fijas a las categorías de mujer y hombre y, por lo tanto, generalmente no puede reconocer la plasticidad de las construcciones de género ni las expresiones marginales del deseo. Es una concepción heteronormativa que lleva implícitas actitudes de fobia y condena a las identidades homo y transsexuales.

Las paradojas de esa conceptualización esencialista de las identidades de género se aprecian en Gertrude DUBY, exiliada en México a raíz de la segunda Guerra Mundial, quien visitó a Robles en su pueblo a principios de los años cuarenta como parte del proyecto inconcluso de documen-

⁴⁵ Vega, 1999, p. 35.

⁴⁶ La perspectiva esencialista sobre Amelia Robles que aquí critico subyace también en un breve artículo mío, Cano, 1988, pp. 22-24, que marcó el inicio de la recuperación de la figura de Robles en el discurso conmemorativo de las mujeres en la historia de Guerrero, y al que le siguieron otros más con esa misma visión esencialista: Turok, 1988, pp. 41-44, Enríquez, 1998, pp. 41-43 y Cárdenas, 2000, pp. 309-319. Se separan de esta perspectiva Eltit, 1991 y Cano, 1999, pp. 25-34.

tar de viva voz la participación de las mujeres zapatistas en la Revolución mexicana. A poco más de 20 años de terminado el conflicto armado, los registros sobre la participación revolucionaria de las mujeres eran escasos, si no es que inexistentes, según lo señaló Matilde Rodríguez Cabo, dirigente del Frente Único Pro-Derechos de la Mujer.⁴⁷

Militante en el movimiento socialista y en la oposición al fascismo en Europa, Gertrude Duby imaginaba a México como una tierra de revolución social, tradiciones rurales y culturas antiguas, una idealización de la que participaban otros extranjeros que viajaron a México atraídos por las posibilidades de emancipación social que veían en el país y que parecían canceladas en el viejo mundo. A través del etnógrafo francés, Jacques Soustelle, Duby supo de Emiliano Zapata, “el indio de Anenecuilco, el único jefe revolucionario que haya comprendido la situación del campesinado en la Revolución mexicana”.⁴⁸ A poco de estar en México, Duby fue más lejos que Soustelle en su idealización de *Miliano* y llegó a convencerse de que el líder morelense emulaba los propósitos socialistas de la Revolución rusa.⁴⁹

Los relatos de las mujeres zapatistas sobre “su guerra contra los terratenientes” de Morelos permitían a Duby olvidarse, por momentos, de la guerra europea. Armada de una cámara fotográfica de segunda mano, Gertrude Duby tomó fotografías y entrevistó a una docena de participantes en el movimiento de Emiliano Zapata. Se conmovió con las historias de sacrificio y lucha de las revolucionarias, pero la impresión más fuerte se la provocó Amelio Robles. Atraída por esa “figura legendaria” Duby viajó en más de una ocasión a Guerrero; tomó varias fotografías de Robles y escribió una crónica literaria que permanece inédita. Colabora-

⁴⁷ Rodríguez Cabo, 1937, p. 20.

⁴⁸ Soustelle, 1976, p. 39.

⁴⁹ Duby, “Bauerngeneral Zapata und das neue Russland”, *Freies Deutschland*, noviembre-diciembre de 1942, p. 27 y APGDB, Na Bolom, DA/1942/ 43.

dora de la prensa socialista europea, Gertrude Duby era una pluma experimentada en el periodismo de opinión política, pero sus textos sobre las zapatistas son crónicas literarias, que se alejan de los asuntos coyunturales y aspiran a un valor intemporal.

Durante su primera visita, Gertrude Duby pasó la noche y parte de una mañana en casa de Amelio Robles. Le hizo preguntas sobre su participación en la Revolución mexicana, y en todo momento se dirigió al zapatista en masculino como todos acostumbraban hacerlo, sin embargo, tanto sus notas de campo, así como la versión final de su crónica, se refieren a su anfitrión en femenino: “La coronela Amelia Robles me va a perdonar que la trate de mujer, ella honra con su valor, inteligencia y laboriosidad al sexo femenino”.⁵⁰

Para Gertrude Duby la masculinidad de Amelio Robles no era expresión de una identidad subjetiva y corporal auténtica, producto de un poderoso deseo íntimo, sino un recurso pragmático para enfrentar las restricciones sociales que pesaban sobre el sexo femenino: “en un siglo en el que todavía la mujer es relegada a segundo término por su sexo y en el que no cuentan sus capacidades, viviendo en un pueblo apartado de la carretera, entiendo que la coronela Amelia Robles viva, trabaje y ayude a su gente en traje de hombre y actuando como tal”. A los ojos de Duby, Robles encarna un ideal emancipatorio en donde hombres y mujeres comparten las responsabilidades públicas, y las mujeres no se dedican exclusivamente al hogar, sino que participan en la vida social, en una utopía igualitaria que inspiró su labor militante por lo menos desde que estuvo al frente de la sección femenina del Partido Socialdemócrata Suizo a principios de la década de los años veinte. Esa utopía de equidad entre hombres y mujeres fue tema de una colaboración publicada en esos años para el periódico suizo *Frauenrecht*.⁵¹

⁵⁰ *Id.*

⁵¹ Pappé, 1994, p. 27.



*Amelio Robles y Esteban Estrada, ca. 1942.
(Foto de Gertrude Duby, Museo Na Bolom.)*

A la luz de la fotografía de Amelio Robles y Esteban Estrada era imposible negar del todo la masculinidad de Amelio Robles, cuya pose y aspecto lucen tan viriles, como los de su acompañante, Esteban Estrada. Ante la fuerza de lo evidente, Duby describe “los vestidos de hombre, el pelo corto, la voluntad de ser tratada como hombre” y reconoce que Estrada y Robles hablaron “de hombre a hombre” sobre asuntos de tierras. Sin embargo Gertrude Duby también encuentra rasgos que matizan lo masculino de su aspecto: “Tiene el pelo muy corto, un poco cano ya, una frente alta, una nariz fina, ojos claros muy vivos y una boca de una energía sorprendente. Su voz es fuerte, pero melodiosa y no masculina; su piel es fina y muy blanca; sus movimientos

algo bruscos y muy decididos”. El relato incluye detalles del entorno doméstico y de la hospitalidad ofrecida por Amelio Robles, pero Duby va más allá al descubrir rasgos femeninos estereotípicos y hasta maternales en las atenciones hogareñas y en la actitud protectora y cálida de “la coronela Robles” hacia sus visitantes: “A pesar de lo tarde que era, nos sirvió una cena excelente con una hospitalidad natural y me preparó más tarde una cama con sábanas blanquísimas y cobijas calientes y suaves. Pasé una noche de descanso perfecto...” La persona descrita por Duby no parece ser la misma en quien Miguel Gil no vio “ni un pedacito femenino”.⁵² El deseo de Gertrude Duby era encontrar en el México indígena y revolucionario una figura local que encarnara sus propios ideales de revolución, justicia social y emancipación igualitaria de las mujeres.

Como muchas otras autoras que dan visibilidad a la participación de las mujeres en los procesos históricos, Gertrude Duby atribuye una coherencia y un sentido único a la actividad de las mujeres en la facción zapatista de la Revolución mexicana. No contempla que el movimiento armado pudiera tener significados diversos para sus protagonistas, tanto hombres como mujeres, ni reconoce que a pesar de su impulso destructivo, la guerra también pudo hacer posible la expresión de las realidades inocultables del deseo, incluido el deseo marginal y silenciado de ser hombre de Amelio Robles, quien seguramente no habría perdonado a Gertrude Duby por “tratarla de mujer”.

La mirada de Gertrude Duby es algo más que una perspectiva extranjera, decepcionada con la guerra europea que busca un edén de revolución social y emancipación feminista en el México indígena. Es una perspectiva homófoba, y a la vez reivindicativa de las mujeres, impulsada en los años treinta y setenta por el feminismo de la primera y se-

⁵² AHTF, exp. Gro-06, Gil, 1927.



Gertrude Duby, Amelio Robles y una mujer no identificada, ca. 1942. Autor desconocido. (Museo Na Bolom.)

gunda olas del siglo xx mexicano, que permearon el discurso conmemorativo local de la Revolución mexicana en Guerrero. Por eso, la batalla más ardua que el coronel Robles libró no se dio a campo traviesa, no tuvo olor a pólvora, ni requirió empuñar las armas de la ideología agrarista de la Revolución mexicana. Fue una batalla cultural, una lucha silenciosa y lenta, cuya gran victoria fue convertirse en varón, negando su anatomía corporal de mujer. Amelio Robles, quien antes se llamó Amelia Robles, se esculpió a sí mismo el cuerpo deseado y llevó vida de hombre durante 70 de los 94 que duró su larga existencia. Setenta años en los que actuó

y sintió como hombre y se ajustó a pautas de conducta masculinas. Ataviado de uniforme militar, de saco y corbata o simplemente de calzón de manta y chamarra de lana, a la usanza campesina, Amelio lució un cuerpo cuya virilidad muchas personas reconocieron. A su muerte, corrió el rumor de que, en sus últimos momentos, Amelio Robles solicitó ser enterrado con ropa de mujer, negando así la masculinidad que sostuvo en su vida, a veces a punta de pistola. Prevalció el afán de normalizar su identidad masculina que el rumor expresa y la lápida en el cementerio de Xochipala, Guerrero —“aquí yacen los restos de la *coronela zapatis-ta...*”— contradice la íntima felicidad de Amelio Robles: sentirse, mostrarse y saberse hombre.

Las personas con identidad transgénero como Amelio Robles en ocasiones son vistas como símbolos positivos de la transgresión; otras veces, su género y su aspecto físico se perciben como manifestaciones inauténticas o incluso grotescas, que refuerzan los estereotipos conservadores de lo masculino y lo femenino.⁵³ Sin embargo, la transgeneración de Amelio Robles no debe verse como una impugnación o reafirmación propositiva de una ideología de género, a la que se pueda juzgar positiva o negativamente, sino como una manera tan legítima como cualquier otra de articular un modo individual de ser y de sentirse, mediante los recursos culturales al alcance y dentro de los debates culturales vigentes en torno a lo masculino y lo femenino, proceso entramado en los conflictos sociales, las tensiones entre lo rural y lo urbano, la circulación transnacional de las representaciones culturales y la construcción de la memoria de la Revolución mexicana.

⁵³ Meyerowitz, 2002, pp. 11-15.